

CARTA DEL DIRECTOR

PULCHRITUDO RERUM SE ABSCONDERE AMAT?: DE CARMEN CONSOLI CARMINE¹

Sé que me acusan de soberbia, y tal vez de misantropía, y tal vez de locura [...]. Otra especie ridícula es que yo, soy un prisionero. ¿Repetiré que no hay una puerta cerrada, añadiré que no hay una cerradura? Por lo demás, algún atardecer he pisado la calle; si antes de la noche volví, lo hice por el temor que me infundieron las caras de la plebe, caras descoloridas y aplanadas, como la mano abierta [...].

¿Cómo será mi redentor?: ¿Será un toro o un hombre? ¿Será tal vez un toro con cara de hombre? ¿Será como yo?

Jorge Luis Borges. *La casa de Asterión*

La obra lírica de la poetisa y cantante catanesa Carmen Consoli, nacida en 1974, está recogida en unas diez colecciones de canciones, por lo general de versificación libre y rima asonante en italiano y dialecto siciliano, que cultivan varios estilos musicales como el popular alternativo, el folkblues y el rock.

No hablaré de aspectos técnicos en relación con las creaciones de la siciliana, sino que tomaré como pretexto para unas reflexiones una composición suya, *La bellezza delle cose*, del año 1997, en la que afronta los dos conceptos que desarrollaré después. Para ello, y por la temática tratada, necesito fingir que una Carmen Consoli del siglo XV haya compuesto los siguientes versos libres latinos:

Numquam quod pulchritudo rerum se abscondere amat inaudire habes?
Fortis penitus habeo ille est, longe mediocritate;
omnia in periculo perdere ut ea non pati commissus sum,
iamdiu oculos meos ut ea non videre obligaveram,
fragosum strepitum ut ea non audire secutus sum.

¹ *Lectio inauguralis* de la Academia del Lauro (junio 2008).

Pulcherrima intra tua verba voluissent esse,
frigor conspectuum tuorum colligere;
distracta intra tua responsa voluissent esse
post diu illas res pretiosas contortasque vagare.
Fortis penitus habeo ille est, longe mediocritate.

*¿No has oído nunca decir que la belleza de las cosas ama esconderse?
Fuerte es lo que tengo dentro, lejano de la mediocridad;
me he arriesgado a perderlo todo por no sufrirla,
he vendado hace tiempo mis ojos para no verla,
he seguido el ruido ensordecedor para no oírla.*

*Habría querido encontrarme entre tus palabras más hermosas,
recoger un escalofrío de tus miradas;
habría querido encontrarme entre tus respuestas distraídas
tras vagar mucho tiempo por esos asuntos preciosos y retorcidos.
Fuerte es lo que tengo dentro, lejano de la mediocridad².*

Pulchritudo y *mediocritas*, belleza y mediocridad. Para Marsilio Ficino, fundador en 1462 de la Academia Platónica de Florencia y exponente principal de la escuela filosófica del Neoplatonismo, para alcanzar la experiencia de la belleza es necesario participar de la contemplación. En la contemplación, el alma se retrae del cuerpo y de todas las cosas externas para recogerse en sí misma, en su propia substancia, donde descubre no sólo su naturaleza divina, sino también el mundo inteligible, la trascendencia de Dios mismo (por su formación, Ficino debe colocar aquí al Dios cristiano para poder identificar las ideas platónicas con la esencia de Dios). La contemplación es, entonces, la única fuente de la vida moral y virtuosa, lo único que nos conduce hacia el conocimiento, la perfección y, por consiguiente, la belleza, que sólo puede ser percibida por las facultades del intelecto y no por los sentidos inferiores. La contemplación es imprescindible para la creación artística en cuanto un alejamiento de la realidad percibida nos acerca a las formas que aún se han de plasmar.

² Traducciones y adaptación del original italiano del autor.

En esta misma línea de la contemplación se coloca la teoría de Marsilio Ficino que representa lo que él explica como amor platónico. Para el filósofo florentino, dos personas que viven en la contemplación pueden aspirar a una suerte de amor superior, que no representa necesariamente una sublimación del amor sensual, sino un vínculo de amistad en pos de un mismo ideal. Esta amistad superior en la contemplación y sus ideales comunes en busca de la perfección, la virtud y la belleza era lo que unía a los miembros de la Academia Platónica.

No intentaré –sería ocioso– definir la belleza, sólo diré que para Ficino rigen las ideas de Platón en cuanto la belleza es, sí, la belleza física de la persona humana, pero también la del alma y el conocimiento. Es pertinente recordar que para el mundo antiguo *pulchritudo* era sinónimo de excelencia. La belleza está en la excelencia y la excelencia en la belleza. Para comprender plenamente la belleza y la excelencia resulta útil hablar de la mediocridad, como sugiere Carmen Consoli.

Dentro de un determinado contexto, la mediocridad se manifiesta como una actuación en la que, dadas las mejores circunstancias, el individuo no da lo mejor de sí. El mediocre no es el incompetente, que se sitúa en el extremo opuesto a la excelencia, es más bien quien actúa con una habilidad mínima, quien obtiene pobres resultados. El mediocre es de quien se espera, fundadamente, una buena actuación que, no obstante, no se produce. Sus resultados carecen de inspiración, de *sprezzatura* o desparpajo. El mediocre no es capaz de afrontar y resolver situaciones nuevas, su inflexibilidad lo paraliza y se refugia en las excusas, en las quejas, en la inercia y en relegar en otros las propias responsabilidades. La mediocridad se manifiesta en tantos cuantos pueden ser los actos humanos: en el trabajo, en el arte, en las relaciones amorosas, por nombrar unos muy pocos decididamente relevantes.

No sólo hay personas mediocres, sino también colectivos de mediocres, instituciones mediocres, entidades mediocres, hasta públicos mediocres. La mediocridad acecha y la belleza de las cosas ama esconderse, quizás, para poner a prueba nuestra capacidad de contemplación y de rechazo de la vulgaridad, el mal gusto y la mediocridad. Pero la belleza, la excelencia, la perfección de las

cosas está ahí, en la flor silvestre que crece apenas fuera de nuestro despacho, en el vestido rosa de la niña en el parque, en las buenas maneras con que nos obsequian los amigos y algunas personas, en los «pequeños terribles encantos que tiene el hogar», en la calidad demostrada por un funcionario, en el edificio que resistió a la antiarquitectura.

¿Deberíamos recobrar la contemplación neoplatónica para sobrevivir a nuestros tiempos, asolados por la vulgaridad y el mal gusto? ¿O como la poetisa italiana vendarnos y ensordecernos para no sufrir el acecho de la mediocridad? Cual minotauros voluntarios, algunos hacen de sus propios palacios sin puertas ni cerraduras, su propia redención, y no salen frecuentemente para no asustar las «caras aplanadas, como la mano abierta»³.

Rinaldo VALLDEPERAS
Director de *ActaLauris*

Valladolid, junio de 2008

³ BORGES, Jorge Luis: *El Aleph* (Madrid: Alianza Editorial, 1975).